

## ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Por Romina Torales

“Hay una pregunta budista que dice:  
¿con qué mano se hace ruido cuando uno aplaude?  
Responden: lo que aplaude es el vacío, no las manos”.

Germán García, *En torno de las identificaciones. Claves para la clínica*

La nota en el diario comienza el relato diciendo que fue en un bar de Almagro, lugar donde Martín Kohan suele ir a preparar sus clases, donde el escritor recordó la primera vez que se sintió solo, su primer viaje al exterior, cuando acababa de llegar a Barcelona. Tenía por costumbre llamar a su familia para avisar que había llegado bien: “Habría sido tarde o no habría encontrado un teléfono público, pero no llamé. Fue la primera vez en mi vida en la que nadie que me conociera, absolutamente nadie, sabía dónde yo estaba. La sensación era rara. La disfruté, eh, no me dio angustia ni nada, pero sabía que nadie podía llegar a mí”.

Será de esta manera como se introducirá en la conversación con el periodista que dirige la entrevista su último libro *¿Hola? Un réquiem para el teléfono* y, a juzgar por la evocación que realiza el autor, quedará ligado el sentimiento de soledad al aparato telefónico y a la posibilidad de la comunicación con otros.

En otra entrevista, en un tono más académico, explica: “El libro fue escrito en clave Benjamin en el sentido de ver qué pasa entre tecnología y experiencia, cómo las tecnologías activan formas de la vivencia, formas de la subjetividad, de la interrelación social”. En el apartado “Sujetos y Tecnologías” de *¿Hola?* dice:

[...] detenerse a pensar aquello que está, no perdido, sino perdiéndose, en declinación o en crisis; *en trance de desaparecer*. Y también en el sentido en que el propio Benjamin examinó la manera en que una nueva tecnología (desde la iluminación a gas en las calles hasta la proyección de películas en el cine, pasando por los bombardeos aéreos en el frente de guerra) fundaba un nuevo tipo de percepción, y con eso un nuevo sujeto; constituía un nuevo sujeto y con eso un nuevo espectro de relaciones sociales. En la línea en que Georg Simmel había advertido que, con la invención del tranvía, por primera vez en la historia humana, ocurría que dos personas que no iban a hablarse se miraban largamente a la cara... una forma inédita de vincularse con los otros.

Será en esta dirección que ubicará al genial Bell y a su invención, “el aparato telefónico”, en 1876, inaugurando una nueva manera de hablar, de escuchar “otro sujeto de enunciación y otro de recepción, otro régimen de discurso posible”.

Al leer las páginas de este ensayo de Kohan, nos encontramos con múltiples observaciones, ideas, comentarios y referencias en torno al lugar que ocupa, o mejor dicho ocupó, el aparato telefónico a través del tiempo, tanto en la vida cotidiana de las personas como en la ficción. El autor se servirá de novelas como *Rabia*, de Sergio Bizzio, *Teléfono ocupado*, de Silvina Bullrich, *Boquitas pintadas* y *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, *El castillo*, de Kafka, y también

de cuentos, como *El teléfono*, de Chejov, y de películas como *París-Texas*, y hasta arriesgará algún comentario político del lugar protagónico del teléfono en momentos claves de la historia: el teléfono rojo de la guerra fría, escenas en la vida de Trotski y de la política argentina, entre otros. Además, habrá anécdotas, algunas sobre sí mismo y otras del mundo del espectáculo, y mencionará a Susana Giménez, a Tangalanga, a Rafaella Carrá, entre otros. La reflexión que realiza Kohan explora en los recovecos de la cotidianidad para demostrar cómo la aparición del teléfono cambió la manera de vincularse entre las personas, cómo la interacción social incluyó el objeto técnico poniendo en cuestión las dimensiones de la cercanía, la lejanía, la presencia y la ausencia. En otra nota periodística, el escritor agrega:

Con el teléfono se constituyó un nuevo sujeto hablante y un nuevo sujeto oyente distintos de los que habían existido hasta ese momento por esta relación de cercanía y lejanía de la que hablamos. Su aparición preserva la intimidad en la medida en que dos personas conversan “a solas”. Eso puede suceder incluso en un bar –y a mí me gustan mucho los bares– porque se puede armar un “a solas”, aunque haya otros. El “a solas” del teléfono tenía un refuerzo. Los dos que hablaban lo hacían a solas entre los dos, pero a la vez, cada uno estaba a solas consigo mismo, porque el otro, estando en el mismo lugar a través de la voz, a la vez, no estaba. Creo que había ahí una disposición de intimidad, de confianza y de confesión posible. Eran dos soledades combinadas. Cada uno estaba solo con otro y estaba solo del otro. Yo recuerdo haber hablado tapado en la cama. Creo que más repliegue de soledad es imposible. En este sentido, había un sujeto hablante y otro oyente únicos que remiten a la confesión eclesíástica y al diván del psicoanalista.

La insistencia del autor en unir la soledad y la posibilidad de hablar con otro, y también de escucharlo, me remitió al ejemplo que trae Sigmund Freud del niño atemorizado que llama a su tía estando a oscuras en su habitación y, al escuchar la voz, el niño se calma “hay más luz cuando alguien habla”. Pero ¿de qué voz se trata en estos casos? ¿La de uno mismo o la del otro? ¿O se trata de ambas?

Más allá del tono relajado, de comedia o de enumeración tipo catálogo con el que nos confronta el libro, a través de cada una de estas referencias, Kohan intentará cernir el objeto tecnológico (el teléfono) que se va desplazando en diferentes historias, con diferentes tramas y diversos interlocutores, donde la voz comienza a surgir como la única protagonista y como la condición de posibilidad para que el objeto técnico tenga algún uso y sentido. Pero ¿qué sucede cuando un sentido como la voz es recortado de los otros –mirada, tacto– o del cuerpo mismo? Kohan cita a Jean-Luc Nancy: “Mientras que el sujeto de la mirada ya está siempre dado, postulado en sí en su punto de vista, el sujeto de la escucha siempre está aún por venir, espaciado, atravesado, y convocado por sí mismo”. Hablar a través del teléfono con otra persona necesita de otro, prescinde de la mirada y pone en escena al sujeto que está siempre por venir, reflexiona el autor. Avanzando en esta línea, se apoyará en los desarrollos de Mladen Dólar en *Una voz y nada más*, quien a su vez se hace eco de la invención del objeto *a* de Jacques Lacan y el lugar primordial que ocupa la voz como objeto causa del deseo. Con respecto a esto, Kohan nos propone:

La voz, dice Mladen Dólar, es efímera y es incorpórea. Pero presenta por eso mismo al cuerpo en su quintaescencia. Porque hay una “hiancia insalvable” que “separa para siempre el cuerpo humano de su voz” Y así la voz va a llegar a ser lo que une los cuerpos y los lenguajes (sin ser del todo ni lenguaje ni cuerpo). La voz se ubica en un entre, o la voz es ese entre los cuerpos y el lenguaje. Pero todo esto va necesariamente a acentuarse si se habla por teléfono; esa hiancia va a acentuarse porque se trata de la voz sin el cuerpo. La voz que, en el teléfono, queda doblemente separada del cuerpo (separa porque siempre lo está, separa porque es transmitida sin él) revela por lo tanto su quintaescencia también por partida doble emanada de un cuerpo remoto, lo hace estar y no estar a la vez.

Presencia, ausencia; del cuerpo, de una voz que, en su libro *Una voz y nada*, Mladen Dólar compara con la figura del ventrílocuo:

Pero supongamos que somos nosotros el muñeco (¿la marioneta turca?), mientras que la voz es el enano, el jorobado que se oculta en nuestras entrañas [...]. En una curiosa topología del cuerpo, es como un misil corporal que se separa del cuerpo y se desparrama, pero por otro lado señala en dirección de un interior corporal, una división íntima y siempre secreta del cuerpo; como si la voz fuera el principio mismo de la división entre el interior y el exterior. La voz, al ser tan efímera, transitoria, incorpórea y etérea, presenta por ese mismo motivo al cuerpo en su quintaescencia, al tesoro corporal oculto más allá de la envoltura visible, al cuerpo interior “real”, único e íntimo, y al mismo tiempo parecería presentar más que el mero cuerpo.

Dólar pone en tensión la relación entre la voz y el cuerpo, y se pregunta cómo esta voz se enlaza con el lenguaje. El objeto voz, dice, es una voz que no habla y que no está en modo alguno estructurada como un lenguaje; de esta manera, el objeto voz –siguiendo a Lacan– quedará del lado del montaje pulsional. Cito:

Con el propósito de concebir la voz como objeto de la pulsión, debemos divorciarla de las voces empíricas que pueden oírse. En el interior de las voces oídas hay una voz no oída, una voz afónica, por así decirlo. Puesto que aquello que Lacan denominó objeto *a* –por decirlo de un modo simple– no coincide con ninguna cosa existente, aunque siempre es evocado sólo por pedazos de materialidad, a los que se adjunta como un apéndice invisible, inaudible, pero con los que no se amalgama: es tanto evocado como recubierto, envuelto por ellos, porque “en sí mismo” no es más que un vacío.

Uno de los ejemplos paradigmáticos que tomará Lacan en cuanto a la voz acusmática será el ritual del Shofar. Es en el Seminario *La Angustia* que presentará la voz como objeto *a* y la relación que sostiene con el Otro. Esto es el Shofar como puro sonido por fuera del significante que impone recordar el pacto del pueblo con Dios, en el que destaca su valor de acto, de orden, en cierta analogía con el imperativo superyoico, pero a lo que apunta más bien es a la cualidad de este objeto voz separable de su soporte, lo que deja al descubierto el goce de Dios padre.

Retomando *¿Hola? Un réquiem para el teléfono*, y para concluir, se trata de un libro que, desde su título: *¿Hola?*, convoca a la conversación, nos invita a hurgar en el mundo del sonido,

de la voz captada por el lenguaje que gira en los desfiladeros del significante, con la intención, en un primer momento, de comunicar, de transmitir un mensaje a un interlocutor hasta advertir las fallas del esquema básico de la comunicación emisor-mensaje-receptor y así darle la entrada a la voz como objeto. Kohan intenta mostrar el anverso y el reverso del recorrido de la voz en los diferentes discursos que interroga: el cine, la literatura, la comedia, la política. Inspirado en la propuesta de Walter Benjamin, fabrica el objeto técnico como concepto para leer el modo de relacionarse entre las personas, y es así como sale a su paso el objeto voz, el cuerpo, el lenguaje y la manera que tienen las personas de satisfacerse, evitando la angustia, a través de los *gadgets*, objetos que propone el mercado para la satisfacción *prêt-à-porter*. Y sólo habrá captación de fenómenos sutiles, al decir de Benjamin que, en su ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, plantea cómo la cámara fotográfica detiene el flujo de la percepción y es capaz de capturar los gestos físicos más sutiles –a lo que llama “inconsciente óptico”–, y allí ubica la posibilidad de acceder a nuevos conocimientos para luego actuar sobre los mismos: “la naturaleza que habla a la cámara no es la misma que la que habla al ojo”. A partir de la lectura de Martín Kohan ¿podemos decir que esto mismo se podría señalar con respecto al objeto telefónico, el oído y la voz?

El psicoanálisis –primero Freud y luego Lacan–, demuestra que la aparición de la angustia en el sujeto será la señal que emana del yo ante la cercanía de un deseo, el deseo del Otro. Es una oportunidad que abre la posibilidad de interrogarse acerca de las intenciones de este Otro y responder a la pregunta: *¿Che vuoi?* Y así tomar cuenta del objeto erógeno –en la fantasía– del que se toma la pulsión para realizar el recorrido mudo alrededor del objeto *a*, *consistencia vacía*, cuya meta es siempre la satisfacción, gozar; para luego arribar a un nuevo saber que posibilite un hacer cada vez de manera diferente –que incluya la hiancia como constitutiva del ser hablante– con lo que insiste del gozar de cada quien. La propuesta clínica del psicoanálisis es una apuesta que va a contrapelo del imperativo superyoico que encarna la voz áfona del superyo y exige gozar al sujeto –con la fijación al objeto erógeno como modo de responder a lo que fantaseamos, quiere el Otro – pide renunciar al deseo y martiriza al yo en un circuito interminable, que Freud devela y enseña con precisión en *El malestar en la cultura*. En la actualidad la vigencia de las guerras, la violencia siempre en escala, acompañada de la primacía del objeto técnico ofrecido por el mercado que se traduce en un consumo exacerbado y en padecimiento subjetivo a pesar del avance de la ciencia y la tecnología, muestran que hoy el texto freudiano continúa teniendo validez para interpretar los discursos actuales, y cuya cualidad visionaria hace que siga siendo material de consulta en este milenio. Desde el invento del aparato telefónico a la aparición del teléfono móvil ¿hay progreso?, o más bien “Lo que se gana de un lado se pierde del otro. Como no sabemos lo que perdimos, creemos que ganamos”.